

# Zugzwang



**Autor:** Roberto Oscar Martinez

Derecho de autor ley 11723 n° 200242

¿Qué es la vida? Quizás sea tiempo, sea amor y, a través de ellos, sea libertad.

Al Igna y al Rami...con ellos aprendí que hay instantes que se desprenden del tiempo y florecen.

“Nada puede quedar de una historia si no la inventamos en cada escritura, si no la forzamos a ser por primera vez (...) Los datos objetivos pocas veces dicen algo que valga la pena, hasta tanto no se inventa la narración que los dispone en escena.”

Nicolás Casullo.

## **Zugzwang**

*Zugzwang (del alemán “obligación a mover”), es un término utilizado generalmente en ajedrez, aunque también se aplica en otros juegos. Describe la situación en la que un jugador cae en desventaja porque está obligado a mover cuando preferiría pasar y no hacer ningún movimiento: El hecho de que el jugador deba mover significa que su posición será mucho peor que si hubiera sido el turno de su contrincante. Y tiene que mover ya que no es legal pasar.*

*Son las últimas horas con vidas de R. W. (entre 4 y 6 horas).*

*El primer acto transcurre desde la llegada en tren a la estación Constitución hasta su enfrentamiento en San Cristóbal con un grupo operativo de la ESMA. Hace calor. Es mediodía–siesta del 25 de marzo de 1977 en Buenos Aires.*

*El segundo acto acontece en la Escuela de Mecánica de la Armada.*

## I) Juego abierto

*Juego abierto: en ajedrez se usa cuando ambos jugadores disponen de vías de infiltración, ya sea a través de columnas o diagonales. También se habla de aperturas, de variantes y partidas abiertas.*

*Canturrea Zamba de mi esperanza: Zamba de mi esperanza / Amanecida como un querer / Sueño, sueño del alma / Que a veces muere sin florecer / Zamba, a ti te canto / Porque tu canto derrama amor / Caricias de tu pañuelo / Que va envolviendo mi corazón / Estrella, tú que miraste / Tu que escuchaste mi parecer / Estrella, deja que cante / Deja que quiera como yo sé /*

¿Cómo se puede morir tanto? He pasado por varias muertes en los últimos meses, y a todas las llevo conmigo: Vicki, Paco, Pablo, Mariana, Haroldo... Ando con el riesgo de la muerte revoloteándome la cabeza. Son días arriesgados.

Dolores. Alegrías. Miedos. Responsabilidades. Sueños. Confusión. Incertidumbre.

La fuerza de la revolución batalla contra la muerte cotidiana una guerra después de otra. Las batallas cambian todo el tiempo. El enemigo irrumpe. El pueblo se repliega

¿No ha oído hablar del vacío, la soledad del campo de combate? Muchos militantes están abandonados. Expuestos. Desprotegidos. Usted llega a preguntarse sobre los errores que nos condujeron a la actual situación.

Los militares tienen un plan de aniquilamiento. Nos están dando muy duro y sólo empeñan una parte mínima de sus fuerzas. Les sobran reservas tácticas. Usted tiene razón, es un error gravísimo creer que podemos romper el cerco militar y derrotarlo. Evidentemente no informamos bien cuál es la situación. Las previsiones fallaron. Hay que ser más modestos. Nosotros tenemos que resistir junto con el pueblo. Replegarnos. Frenar el aniquilamiento. Corregir las concepciones que nos llevaron a esta situación sin salida.

A veces pasan cosas extrañas. Son tiempos sin precedentes. Se han pulverizado nuestras categorías de pensamientos políticos y nuestros criterios de juicio moral. El terror desplegado es el más profundo que jamás conoció la sociedad argentina. Lo acontecido tiene características que dificulta que las palabras se congreguen, que reconstruyan los sentidos y los significados que arrastran consigo. El vacío en el que caen los ausentes desespera cuando la muerte es una sospecha

y pierde su grandeza

y desdibuja la vida

y nos lanza al abismo infernal de no saber qué fue

ni qué es de ellos.

Es la incertidumbre.

La insoportabilidad de no saber a dónde va a parar todo lo que queda ausente.

Misterios. Tormentos. Certezas brutales que nos enfrentan a espejos donde nos cuesta reconocernos, preguntar, preguntarnos. Ustedes saben.

Soy otro.

Somos otros.

Afronto como puedo este mundo, no porque tengan valor, sino porque me abandona la imaginación. Las contradicciones se vuelven manajo. Se tornan cuerpo. No quiero seguir más al calendario. No quiero ver el total de mis años marcado en el almanaque. También el futuro tiene sus ruinas.

Una fuerte razón explica mi decisión

el compromiso de dar testimonio en tiempos difíciles

y la certeza de ser perseguido.

Mierda. Que tarde se hizo. La estación Constitución forma parte de la ciudad, quizás por estos días contenga la esencia de Buenos Aires: un mar de gente que viene y va a los apurones. Muchas historias guardan sus plataformas. Esa pareja quiere pasar desapercibida ¿llegará o se irá? En este lugar algunos huyen a destinos lejanos. Otros eligen regresar. Los trenes nos pueden llevar al corazón de lugares deseados. O no tanto. Posiblemente salvarnos o condenarnos al exilio. En

este lugar podemos empezar a abandonar toda esperanza de volver a casa, de calentar el agua para el mate, de acostarnos en nuestra cama, de abrazar lo amado.

Lilia me despide, se ríe de mi disfraz de jubilado. Cómplice me grita que riegue la lechuga. Me hace sonreír. Se pierde entre la gente ¿Qué hubo en estos meses? Mi soldadura con Lilia, la mujer cuyos ojos crecen durante todo el día y ya por la tarde son enormes y de noche llenan todo. La recuerdo una mañana, acostada panza abajo, una leona suave tomando café con leche mientras el sol entraba por la ventana. Lilia, lenta y apacible, para estar sentada junto a una parva mirando pasar las mariposas, un verano.

Buenos días, me da una botella de agua por favor. Y el vuelto en monedas. No puedo llegar tarde. Necesito un teléfono.

Ya es la 1:30. Pero tengo que caminar más despacio, como viejo. Ese pibe que viene por calle Brasil con su remerita a rayas y su gorrito blanco con un ancla delante me saca una sonrisa, un suspiro. Le guiño el ojo, me saca la lengua. Le frunzo la nariz. Corre al lado de su madre.

También estos tiempos atraviesan a esta criatura. Este niño que vive una existencia aparentemente normal en algún momento crecerá. Soltará la mano de mamá. Me sudan las manos. Estoy clandestino. Quiero una cerveza. Más tarde.

Los marinos me condenaron a muerte. Desde hace un tiempo captores y verdugos me buscan. Quieren ejecutarme. Los irrita no poder conmigo. Me quieren vivo y yo



decidí no pasar ni un segundo de mi vida con ellos. La situación me acelera el ritmo del corazón. O de la respiración. No sé muy bien porque desde que recorro la ciudad subterránea me baño en la pesada corriente de nuestra propia sangre

donde se me aparecen los ausentes,

me sacuden

y se marchan ahogándome en lágrimas.

Busco en vano a Vicki. Eso aumenta la oscuridad y el viento. De golpe me falta la respiración, siento que mi corazón se endurece. Escribí una carta en conmemoración al primer aniversario del golpe. Hice copias. Las debo repartir. Que se reproduzcan. ¿Qué pensará Vicki de mí? Los espacios se cierran cada vez más.

A veces sueño con voces que se arrastran desde lejos, algunas reconocibles, otras no. En ese sueño alguien se para a mis espaldas y no puedo verlo. Una vez llego a tocarme, su uña dibujo una línea en mi cintura y siempre lo mismo por más que gire, grite o pida ayuda nadie me viene a rescatar. Hasta ahora no pude verle la cara. Al despertar me doy cuenta de que nada de lo que parecía acontecer estaba aconteciendo. En esa atmósfera las alegrías y los dolores vibran.

A lo mejor la historia no se construye con realidades sino con sueños.

Los hombres sueñan hechos,

y luego la escritura inventa el pasado.

No habría vida sino sólo relatos.

Y así ningún sueño es irreal,

y la victoria revolucionaria es un sueño.

Mañana sábado voy a conocer a Mariano, mi primer nieto varón. No todo es una mierda.

Es viernes. Viernes 25 de marzo de 1977 a la siesta. Camino por las inmediaciones de las Avenidas San Juan y Entre Ríos de la ciudad de Buenos Aires. Hace 6 meses murió Vicki en un enfrentamiento. Al doblar una esquina percibo que me miran con curiosidad, apresuro el paso sintiendo que el aspecto de la vereda se extiende a mis espaldas. Me conformo con terminar la cuadra y cruzarla. Al llegar a los semáforos, el rojo y el hombre de anteojos me impulsan un recuerdo: la víspera de la muerte de mi abuelo. Aquel sincero y transparente abrazo del hospital. Sabíamos los dos que en este mundo no nos íbamos a cruzar más e intentamos despedirnos lo más dignamente posible. Estrujados, sin poder hablar por las aguas. Nos agradecemos la vida y, en silencio, cada uno para sus adentros, nos dijimos hasta siempre. Él era mi abuelo y yo era su nieto. Lo pienso de nuevo, lo repito: “es mi abuelo, soy su nieto” y como un amnésico que encuentra su nombre y puede volver a pronunciarlo, vuelvo a mis oficios terrestres del día: juntarme con unos

compañeros, repartir cartas, regar las lechugas, comprar asado, pensar un regalo para mis nietos.

Al cruzar la avenida regreso a la superficie donde se abre el mundo y donde la plenitud luminosa e indiferente de la multitud me apuñala el corazón con sus decires que caen como piedras a un pozo: “No la hemos visto” “Algo habrá hecho” “Las fuerzas armadas ejercen el gobierno” “¿Sabe usted dónde está su hijo en este momento?” “Queremos garantizar la Paz en toda la república, para ello acabaremos con la subversión” “La gente nunca tuvo más plata que ahora” “Las urnas están bien guardadas” “Los miembros de la Junta Militar serán glorificados por las generaciones futuras” “Los argentinos somos derechos y humanos” “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes y finalmente mataremos a los tímidos” “No están ni vivos ni muertos; están desaparecidos”...

“LIBERACION JP”. Una pintada en la casilla de colectivo. Desafiante resiste estos tiempos. Me impulsa a levantar la mirada. La redondez del cielo infinito es mi horizonte. Me da fuerza. Me susurro: “no te agites, comprendo que estás impaciente. Nervioso. Con miedo. Pero tranquilo, lo vamos a hacer”. Me sonrío a mí mismo. Ya estoy cerca. Acá en frente hay un buzón, vamos a empezar a mandar cartas.

Disfruto la luz del sol y el atrevimiento de esa niña que juega y habla con personas desconocidas. Con la mirada aplaude o condena. Sigue su camino. Que placer verla dar saltitos. Son segundos. Juego a espantar palomas. Desde que destruyeron mi casa de Tigre he decidido emprender una expedición hacia el sur. Siempre siguiendo la ruta de las lagunas. Necesito vivir cerca del agua. Árboles. Silencio. Siesta. Tiempo. Ando con un mapa marcando las rutas y los ríos. Me encantan los juegos de guerra y los de ingenio. Estratégicamente vivo en la zona de la laguna de San Vicente. Es mi primera estación en el largo viaje al sur. Es el inicio de mi partida. Echar las cartas. Empezar otra vez el juego. Que difícil contar la cantidad de besos de esa pareja. Cada beso llama a otro beso ¡Qué cantidad de besos habitan los primeros tiempos del amor! ¡Y las caricias!

Ojalá mañana el tiempo siga así.

Qué raro ese tipo parado en las escaleras del hotel. Subo la mirada hasta los últimos pisos. Recuerdo a Vicki y todo lo que con ella se relaciona me invade.

Miro hasta la terraza del hotel.

Hasta el cerco cerrado por 150 hombres.

El andar de las nubes me trae el tiempo que transcurrió sobre su muerte. Me vuelvo a preguntar si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. En mi piel. En las lágrimas repentinas que se inyectan en mis ojos encuentro la misma respuesta de siempre. Pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser

deshonrosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella. En contraste con todo esto, el resto del mundo apenas me parece real. Mi sufrimiento lo atraviesa por completo. Pero de a poco, a cada paso, puedo volver a leer el presente como un tornado contra el cual luchar. Donde no podemos dejar pasar el tiempo, sino cargarlo, atravesarlo hasta que nos salga por los poros. Cargar el tiempo y darle otra forma. Aguantar sabiendo que es imposible ya cruzarse con Vicki. Abrazarla. Resistir hasta poder cambiar a la historia de lugar. Transformarla.

Estas plazoletas son oportunas casualidades en el paisaje de la ciudad. No están bajo el patronazgo de la historia. No se han proyectado de antemano, son paridas por la urbanización y las improvisaciones arquitectónicas.

En sus veredas mucha gente aparece y desaparece.

En la espesa sombra de aquel árbol se escuchan invisibles pájaros contestarse de una rama a otra. Estas pequeñas plazas son el refugio de los estudiantes. También de las calandrias que no toleran el cautiverio. Que mueren si son enjauladas.

Milonga: Siempre la selva y el duelo / pecho a pecho y cara a cara, / vivió matando y huyendo. / Vivió como si soñara. / Se cuenta que una mujer / fue y lo entregó a la partida; / a todos, tarde o temprano, / nos va entregando la vida.

En la sombra de un pájaro que pasa miro el tiempo y su callada prisa... escribí alguna vez. Tengo que seguir.

Jorge Eduardo Acosta, Alfredo Ignacio Astiz, Pablo Eduardo García Velasco, Jorge Carlos Radice, Juan Carlos Rolón, Antonio Pernías, Juan Carlos Fotea, Julio César Coronel, Ernesto Frimon Weber, Ricardo Miguel Cavallo, Roberto González. Son integrantes de la Unidad de Tareas 3/3.2. Secuestran personas a cualquier hora. En cualquier lugar. Para su posterior interrogatorio bajo tortura y sometimiento a condiciones inhumanas de alojamiento dentro de la ESMA. Secuestran. Torturan. Matan. Desaparecen.

Que fuerte el sol. Siento mucha sed.

La siesta quema. El asfalto quema. Quema el cielo.

Estoy mojado.

Quema el aire. Me quema el sombrero. Me quema el arma.

Pasos rápidos.

Me quema el pecho. Me quema el presentimiento.

Me pesa la ropa.

Me queman las miradas. Me quema aquel Ford Falcón gris con tres tipos adentro entrando en contramano. Me queman los ladridos de aquellos perros.

¡La puta madre!

Me quema la gente corriendo. Me queman los gritos.

“¡Ahí está...es él!” “¡El del sombrero!” “¡Alto, policía!” “¡Pepa! ¡Pepa!” “¡No lo maten!, ¡vivo!, ¡vivo!” “¡Se parapetó detrás del árbol!” “¡Hijo de puta!” “¡Que no se la lleve de arriba!” “¡No lo maten!” “¡Yo lo voy a tacklear!” “¡No tiene pastilla!” “¡Tenemos al fantasma!” “¡Se resiste el hijo de puta!” “¡Corran! ¡Corran!”. “¡Despejen el área!” “¡Hoy caes!” “¡Miserable!” “¡No lo maten!” “¡Le sale sangre y sangre y el tipo no cae!”

Ajedrez. Controlar el centro. No repetir los movimientos. Cada acción debe ser diferente. Resguardarme. Aguantar la avalancha de los primeros tiros. No aventurarme al ataque. Preparar el enroque final sin precipitarme a realizarlo antes de advertir los movimientos de estas mierdas.

Una sombra más oscura cae dentro de mi sombra. La quiere cubrir. Me quiere voltear. En su repliegue me veo. No podemos saltar sobre nuestras propias sombras.

Retrocedo bruscamente. La batalla vista desde arriba.

Romper las reglas. Descoordinar al rival. Desbaratar su estructura. Ganar tiempo. Ganar espacio. Buscar un punto de fuga. No bajar la guardia. Correr hacia adelante. Comenzar el ataque.

Hijos de puta ¡Pam! ¡pam! ¡pam! Gatillo mi pistola marca Walther PPK 22. Vienen por todos lados, creo que herí a uno. A mí me dieron varias. Me quema.

No quiero caer vivo. Estas mierdas se me tiran encima. Se dilatan las posibilidades de fugarme. Los deseos de una huida ficticia se suspenden.

“¡Lo cagamos a tiros y no se cae, el hijo de puta!” “¡Cayó! ¡cayó! ¡cayó!”  
“¡Agárralo!” “¡Que no se mate!” “¡Se nos queda! ¡Se nos queda!” “¡Estos roñosos!”  
“¡Traigan los autos!” “¡Rápido! ¡rápido!” “¡Qué mierda miran!” “¡Circulen!  
¡Circulen!” “¡Corran a la gente!” “¡Háganse cargo!” “¡Llamen al operativo de  
contención!” “¡No tienen ni un poco de apego a la vida estas ratas!” “¡Boludo se  
nos va!” “¡No respetó la voz de alto y le tuvimos que tirar!” “¡Levanten los  
papeles!” “¡Se nos va!” “Esto es una derrota” “Tenemos que ser más cuidadosos”

No fue azar. Descubrieron mi cita.

Me la envenenaron.

Sabía que podía pasar. Esperé este momento sin buscarlo.

No me siento traicionado.

Acá estoy. Los miro con odio.

La derrota puede ser irreversible. Me preparé para lo peor.

Hoy es viernes 25 de marzo de 1977, entre las 14:30 y las 16 horas, en las inmediaciones de las Avenidas San Juan y Entre Ríos. Ciudad de Buenos Aires. La



Unidad de Tareas es muy superior. Creen ganar. Corren hacia acá todos. Aquel zapato marrón es mío. Mi portafolio. Mis anteojos. Mi guayabera beige de tres bolsillos. Mi pantalón marrón. Mi sombrero de paja. Mi reloj Omega. Mis papeles.

Varios autos frenan. Aceleran. Se hacen señas los conductores. Un Peugeot 504, un Ford Falcón, una Ford F 100, una Renoleta. De todos bajan y suben los de la patota. Yo también. Sonrío. La felicidad, tan buena mientras dura, tan parecida al pan, al vino y al amor. La felicidad, apenas tiene más que una sola ventaja: hacer posible la desventura, el fracaso, la desgracia. Sin la felicidad, aunque sólo sea por las ilusiones y las esperanzas, las desventuras carecerían de crueldad y, por consiguiente, de frutos. Estoy cansado. Tengo sueño. Recuerdo las hileras de álamos plateados de los campos de mi infancia. Cuando el viento movía las hojas sonaban como lluvia. Estos cielos porteños que ríen y que lloran según como uno los mira. “¿Es un imperio esa luz que se apaga o una luciérnaga?”.

Cada lucha debe empezar de nuevo. Apuesto a la memoria de los años futuros. Cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las tres armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aún si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas. Estoy empapado. Que humedad de mierda.

Me llevan en el aire. Por encima del hombro de unos de los que me carga distingo a una mujer. No me quiero mover de aquí.

Morocha. Joven.

Cruzamos miradas. Está asustada. Le indica a alguien que mire hacia acá. Me indica a mí. Le sonrío. Le guiño el ojo. La invitaría a tomar algo. Estos hijos de puta no me sueltan.

Caderas hermosas. Sonrisa nerviosa.

La sombra de un pilar la eleva. La veo penetrado de infinitos deseos.

Elegante. Transpirada.

Me hace sentir la fuerza del verano. Levanto las cejas. Suspiro.

Ojos profundos. Labios filosos.

Tango: Tengo miedo que no seas / tengo miedo que no pueda, / tengo miedo que no vuelvas a buscarme / tengo miedo por las veces que perdí. / Igualmente estoy lavándome las pilchas / puse toda la ilusión en el cordel, / hoy es viernes y me sobra adrenalina / hoy es viernes, tengo ganas de perder...

No, no, no, no, no, no, no... Se va de mis ojos

¡Hijo de puta soltame!

Me humillan. Reconozco mi derrota con los ojos bien abiertos. Mirando al sol hasta incendiarme el alma.

Es el día de mi caída.

Todo sucede como en aquel sueño repetido.

Voces arrastradas. Alguien a mis espaldas que nunca puedo ver. Tantas veces lo soñé, tanto insistió que acabó apareciendo en la herrumbre de esta siesta calurosa, dorada, eterna, perdiendo ya su razón de ser y dándome la libertad para soñar otras cosas. Cosas que quizás nuestros corazones ya la saben.

## II) Radio de acción

*Radio de acción en ajedrez se denomina al conjunto o cantidad de casillas que una pieza controla o por las que puede desplazarse.*

Soy, un hombre, estoy muerto.

De espaldas a este árbol me acaban de fusilar.

Todavía distingo las calles.

Las repaso: San Juan, Entre Ríos, Combate de los Pozos, Humberto Primo...

Siento el cielo. El perfume de esas flores rojas.

Me persiguen desde hace añadas. No recuerdo la duración, el tiempo es otro. Yo soy otro. Usted sabe. Este periodo está destruyendo la continuidad histórica de las instituciones del país. De las tradiciones. De las costumbres. Es un agujero negro.

Es el momento de la catástrofe y ya nada va a ser como que fue.

Llegué en el baúl de un auto, o en la caja de una F100. Me bajaron rápido. Insultan. Están furiosos. Entre puteadas y palos me bajan muerto y no se dan cuenta porque mi cuerpo aún mantiene rasgos vitales. No se dieron cuenta que subí al auto muerto, o a la camioneta. Que entré a este campo muerto. O quizás sí y esa era la idea.

Saqué mi pistola. Les disparé.

Los veo, me disparan varios, siento el eco de las balas, el aire cortado. El proyectil de Cachorro me perfora el pecho. Lo veo a Cachorro, es un tipo que participa en las torturas, que las disfruta con una tenacidad caliente puesta en la cara, más cuando algún prisionero no resiste y “se va”, como dicen ellos. Es cruel, perverso, implacable y eso lo hace temido y admirado por sus camaradas que lo creen un loco.

Me trajeron a este lugar en varios autos. Pasan los días y de esos autos siguen bajando personas. Escucho sus pasos. Los van a fusilar también. Quizás los tiren al río. Quizás lo hagan arder en el campo de deporte. Igual primero se van a divertir con ellos, después los van a matar rápidamente.

Nos tienen miedo.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política

económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

Mi viejo me levanta el puño en cada despedida. Con fuerza. Orgullosa. Diciendo “ese e’ mi chango mierda”. La grandeza del puño en el aire es todo su amor.

¿Por qué lloro? Que hermosa noche de marzo. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror. La luna es enorme, siento que la puedo tocar, cuántas estrellas, cuánto brillo. Estoy llorando, lloro desconsoladamente, a ríos.

Tengo 9 años, en la pileta del club, con mi equipo de natación. El club es gigante, gigante, gigante, es para mí una gran competencia. Empezamos a nadar y en los últimos 10 metros libres: crol, roso un rompe olas y me hago un tajo en el brazo. Se llena de sangre el agua. No me mordió un tiburón, pero se llena de sangre el agua.

Me paro. Me hundo. Me ahogo.

Se tira todo el equipo a ayudarme, a salvarme, a sacarme: 30 compañeros. El árbitro sopla el silbato, que no se pueden tirar grita. Nadie lo escucha, ni el entrenador lo escucha. De los cuatro costados de la pileta se tiran los compañeros a rescatarme. Me sacan. Mientras me reaniman, se acerca el árbitro y nos descalifica a todos. Tengo una malla turquesa con flores rojas.

Estas evocaciones involuntarias y confusas, cuánto duran, no me es posible distinguir las diversas capas que forman la trama de mi incertidumbre respecto al lugar en el que me hallo, del mismo modo que al ver galopar aquel caballo no puedo aislar los sentidos sucesivos que me detonan el cuerpo.

¿Se enterará alguien de todo esto? Acá estamos tirados. Sabrán que desafiamos a la muerte en mil batallas. Y acá estamos tirados.

Desarmados.

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

Está mujer; y mi cuerpo. Este lado de mi cuerpo en que me apoyo, y que se apoya la mujer pegada a mi cuerpo y ni siquiera me contesta. Exhala un suspiro que parece el último, con los ojos cerrados y como muerta.

Una diosa, y desnuda, y muerta.

Con toda la muerte al aire. Pero yo la siento. Le veo la mano, tiene una flor roja entre los dedos. Es un ser real. La percibo en gran parte por medio de mis sentidos. Es decir, esta tirada para todos y procura un peso muerto que mi sensibilidad no es

capaz de levantar. Si le sucede alguna desgracia, no podremos sentirla más que en una parte mínima. Su alma impenetrable calienta mi espíritu, siento como se derrama en mi cuerpo. En este lado de mi cuerpo.

Imagino un inventario de las cosas que quiero, las susurro: Lilia mis hijas el trabajo oscuro que hago los compañeros el futuro los que no obedecen los que no se rinden los que piensan y forjan y planean los que actúan el análisis claro la revelación de lo escondido el método cotidiano la furia fría los títulos brillantes de mañana la alegría de todos la alegría general que ha de venir un día la gente abrazándose la pareja en su amor la esperanza insobornable la sumersión en los otros.

La decepción que refleja mi cara no es la espera del beso de mi madre cada noche, sino, por el contrario, la angustia de las noches en que mamá apenas me decía “a dormir” o que ni siquiera se despedía. Las noches prematuras de mi vida vuelven hoy, se unifican indivisas todas mis noches. Nunca supe decir: estoy triste. Sin poder moverme de este sitio, con la muerte en alma, sigo sin poder decirlo, me limito a llorar, a debatirme en dolorosas trivialidades.

Estamos todos muy sucios. Lastimados. Con miedo. Y en lo único que piensa la mina que cayó sobre el charco aquel es en llevar la ropa a la tintorería cuando todo pase. Quiere tomar agua. No le dan. Puede producirle un shock. Tengo mucha sed. No quiero agua. Que ganas de tomar una cerveza, o dos.



Los gritos del Cachorro me aturden: “¡Estas ratas no le tienen apego a la vida!...”  
“¡fuego!...” “¡Lo que están haciendo soldados, lo hacen por la patria, por dios!...”  
“¡Son locos! ¡Nada más que locos!...” “¡fuego!...”.

Porque no se van a la mierda, miserables.

Como todos los asesinos creen haber hecho todo tan bien que no los van a descubrir nunca. Pero en el momento mismo en que están hablando, en que están festejando tanta muerte, percibo instantáneamente la mano de la mujer que se apoya en las flores rojas y sus labios que dulcemente hacen cantar al viento.

Me gusta la calle de mi infancia, por ejemplo en los carnavales la cortan para que no pasen los autos y se llena de música, agua y pinturas. Todos salen de sus casas y quedan las puertas abiertas, la atmosfera se entalca, se perfuma. Conozco cada centímetro de la calle de mi infancia, hasta la he corrido por dentro jugando a las guerras cuando la abrieron para poner los caños del agua. Cuando me alejo de ella siento que me voy lejos. Muy lejos. Como al exilio.

Creen que nos matan, que nos sacan todo. Que no nos dejan nada.

Nos queda el tiempo.

Saber que nosotros, los acá tirados, venimos de la misma tierra, de la misma lengua, de la misma historia, y cada tierra, cada lengua, cada historia es responsable de sus personas, y cada persona es responsable de sus victorias, y de

sus derrotas. Fracasamos en todo, quizá lo único que podamos salvar sea la dignidad.

La dignidad y la palabra.

Escribir es escuchar.

Escuchar es disponerse a actuar.

Callarme sobre lo que hicieron me haría cómplice de sus crímenes. Un traidor.

¿Qué hay atrás que sigue latiendo?

Voy a dar testimonio

y cada palabra será un clavel rojo creciendo en tierra fértil.